

Ni una más

■ ■ Abel Cárdenas Lara*

La piel se me ponía chinita, era como tocar una nube, como tocar un gatito de angora que runrunea sin cesar. Sus manitas tan perfectas, tan gorditas, tan blancas, tan mías... Nunca pensé que esas manitas pudieran hacerle algo a nadie.

—¡Carajo!... ¡No ves que vengo cansado!—. Es la frase que más recuerdo de mi papá. La gritaba casi todas las noches, tan fuerte que nos despertaba a mis cuatro hermanos y a mí, yo era la cuarta en el orden; mi hermana Leonor, la mayor de todos, siempre se ponía a llorar.

De mamá, recuerdo otra:

—Las cosas son así. Abraza a quien te quiera abrazar... y al que no, pos no.

Yo comoquiera los abrazaba a los dos y les daba besos, no me importaba que ellos no quisieran abrazarme, o que siempre estuvieran cansados o enojados, ni tampoco que me insultaran o me aventaran; abrazarlos me hacía sentirme... un poquito bien.

Era un día soleado, era hermoso, era un día perfecto. Dicen que sientes mariposas en el estómago, que oyes campanitas o algo así, yo no sentí mariposas, ni oí campanas, yo solo sentí lo tibio de su mano sobre mi hombro, y esa ronca voz varonil parecida a la de mi papá:

—Disculpe... ¿se siente usted bien?... la miro muy pálida.

Su nombre era Tadeo, alto, hermoso, cabello negro y abundante, relamido hacia atrás, su camisa entallada

parecía que iba a reventar por culpa de ese par de brazos torneados y su voz, su aroma, me hicieron derretir.

—Por favor, respóndame —insistió—. Estoy comenzando a preocuparme.

—Descarado, grosero. No estoy enferma, ni nada, mi cara es así, pálida, porque sí, porque así soy, muy blanca —le respondí en mi mente. Ganas no me faltaron de decírselo, pero estaba acostumbrada a callar, como mi madre y los golpes de mi padre me enseñaron.

—Estoy bien, señor... no tengo nada—. Dije a la par que contraía mi hombro para escapar de sus ásperas manos y voz.

Unas horas más tarde, me propuso matrimonio. Me gustaba abrazarlo y él me decía que a él también le gustaba que lo abrazara. Y me gustaba que me dijera cosas bonitas, que era una diosa, que nunca había tenido una novia como yo, que era su trofeo, que era la más delgada, la más bonita, que le encantaba el feo lunar de mi cara.

—Estoy embarazada— le dije, y vi lágrimas saliendo de sus ojos.

—Un hijo... un Tadeito. Claro, claro que sí... podemos con eso y más— respondió él secando mis lágrimas y las suyas.

Yo vivía con mis papás, por lo que no tuvo más remedio, tuvo que ir a conocerlos.

Llegó tarde, como siempre, por lo que mi mamá me puso a barrer la casa por segunda vez para que no estuviera yo sin hacer nada.

—¡Chapis, preguntan por ti! —gritó mi hermano más chico.

* Abogado postulante de profesión, egresado de la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Escritor y músico por herencia paterna, con una fuerte inspiración en las novelas de Gabriel García Márquez.

–¡Termina de barrer y bajas! –lo secundó mamá.
–¡Cállate, mujer! –se impuso mi papá con la voz gastada por su borrachera de la noche anterior.
¡Baja ya, Chapis!
Yo aventé la escoba inmediatamente, y bajé la escalera a toda velocidad, a la misma velocidad que palpitaba mi corazón.

Él, como siempre, estaba hermoso. Llevaba una rosa amarilla consigo y, en la otra mano, cargaba la bolsa de bolillos y pan dulce que le pedí que comprara en Gigante para mi papá.

Cuando terminé de bajar, dije a mi papá:

–Papá, él es Tadeo, tiene que decirles algo a mi mamá y a ti.

–¿A mí y a tu mamá? –preguntó mi papá sin levantarse de su mecedora. Mamá nos veía desde la puerta de la cocina.

–Sí, señor. Le traje un presente –respondió él.

–¿Una rosa? –exclamó papá con el ceño fruncido.

–No, Don Claudio... esta bolsa de pan. La rosa es para Sofía. Vengo a pedirle su mano.

Un pequeño silencio se produjo, el cual para mí fue una eternidad. Enseguida, mi padre carcajeó.

–A que muchacho tan... bueno... ni tan muchacho. ¿Seguro que la rosa es para esta niña? Tengo otra hija más grande, más o menos de su edad.

–No, señor, la rosa y mi amor eterno son para Sofía.

–Hija, agarra la bolsa y prepáranos algo de cenar– continuó papá sin quitarle la vista a Tadeo.

–Primero invita al muchacho a que pase– alzó mamá la voz; mi papá la ignoró como siempre–. Tadeo se sentó en el único sofá de la sala.

Mamá sacó el pan y los bolillos los preparó con frijolitos y un poquito de queso encima. Yo hice la salsa, bien picosa, como le gustaba a Tadeo. En la sala todo eran risas entre Tadeo y papá, cuando, de pronto, oí:

–¡Qué hace este tipo aquí! –era mi hermano José

que había llegado de la calle.

–¡Qué te pasa, José! –respondió papá.

–Este desgraciado es el que embarazó a Mariana.

–¿Cuál Mariana? –preguntó mamá desde el marco de la puerta de la cocina.

–¡La de la zapatería! ¡La que casi pierde al bebé por la golpiza que le dio éste cuando se enteró que era niña!

–¡Que te calles, mujer! –gritó papá y se levantó enfurecido hacia la cocina.

Se armó un zafarrancho. Mamá gritando en la cocina, mi papá gritándole a ella, mi hermano gritándole a Tadeo y Tadeo explicándole a mi hermano que esa tal Mariana estaba loca, cuando, de repente, empecé a ver lucecitas, se me cerraron los ojos y fui directo al reluciente piso de cemento pulido de la cocina.

Desperté en un hospital. Papá estaba allí, también mamá y Tadeo, algo alejado. Papá seguía muy enojado, pero mamá, mamá era otra, nunca la había visto sonreír como ese día, nunca la había visto mirarme con tanto amor.

–Estás embarazada, Chapis– dijo mamá. Yo comencé a llorar.

–Ya no llores, atarantada. Ya metiste las cuatro. ¿Pa' que lloras? –gruñó papá.

–Viejo, el muchacho ya dijo que se va casar con ella. Ya no la regañes, vamos a ser abuelos.

–Si no se casan le pego un tiro –volvió a gruñir papá, pero, ahora, viendo a Tadeo.

Al cabo de un mes, nos casamos en la casita que rentó Tadeo, no ante los ojos de Dios, ni contratamos a ningún juez, nos casó una señora que lee las cartas y dijo que nuestro amor nos duraría toda la vida. Sólo fueron dos amigos y dos amigas de Tadeo; fue una boda muy hermosa. Dos días atrás, yo había huido de la casa de mis papás, y ese día, dos días atrás, fue el último que los vi.

La verdad yo no los extrañaba, tenía a Tadeo y sus brazos, y el calor de mi hijo creciendo en mi vientre; ¿qué más podía pedirle a la vida?

Él era muy bueno conmigo, no me regañaba cuando se me quemaba la comida, o cuando se me olvidaba lavar los trastes o tender la cama, no me regañaba, no me decía nada, él sabía que no es fácil estar embarazada, pero sí se molestaba un poquito porque se iba sin despedirse, y con cara de enojado, entonces, rápido yo me apuraba y aseaba la casita para que cuando él regresara la viera muy bonita. A veces llegaba temprano, a veces no, a veces llegaba un poquito tomado, o un poquito tarde, pero no había problema porque era cuando más romántico se ponía conmigo, y allí, me daba yo lujo de besarlo, de abrazarlo, de hacerlo mi hombre una y otra vez.

Abrí los ojos una mañana y lo encontré sentado en la mesa de la tele que empeñó unos días antes, recargado en la pared, con la cabeza hacia atrás y la boca abierta, roncando como un hambriento león, era hermoso, era mi hombre perfecto. Tenía abrazada una bolsa grande de regalo, con noches buenas dibujadas, yo me emocioné mucho; ni siquiera me había dado cuenta de que ya iba a ser navidad. Despacio me acerqué con mucho cuidado para no despertarlo. Me asomé hacia adentro de la bolsa, y vi algo blanco y reluciente, en eso, despertó.

—¿Qué ha habido? —dijo él, intentando abrir los ojos para enfocarme. Tanta era la pesadez de sus párpados, que parecía pelear la más dura de las batallas para abrirlos.

—Nada, gordito, solo te veo.

—Ten, guárdalo bien, es para Tadeito, será su primer regalo cuando nazca.

—¿Qué es? —pregunté a la par que tomaba la bolsa de papel.

—Es un balón de los Indios. Se lo sacó la vieja de Agustín en la rifa de la posada. Yo me saqué una tostadora y pos le cambié el regalo, pa' que queremos una tostadora. Además, está firmado por Melitón, el portero.

—¿Vienes de una posada? —exclamé desilusionada.

—Sí, Chaparra, de la fábrica. No te alcancé a decir nada porque la armaron sin decir agua va. Otra noche, ya no aguantaba, sentía que me iba. Ya no aguantaba la panza, ni la ropa, ni nada. Y Tadeo no llegaba, y él sabía lo que batallaba para dormir si

no llegaba, porque le tenía miedo a esa casa, estaba muy sola y muy fría, y en medio de la nada.

—Tadeo, me siento mal, llévame al doctor— le dije; era ya bien tarde cuando llegó.

—Que no ves, vengo cansado— esa fue la primera vez que, ya de plano, se me figuró a papá.

—Gordito... me siento mal.

—Vengo cansado.

—Sí, pero vienes cansado porque estabas de borracho con tus amigos y con esas viejas corrientes que te llenan de perfume la camisa. Yo estaba haciendo el aseo, para que veas bonita nuestra casa, por eso me duele la panza, porque me pongo a hacerte de cenar y a hacer el aseo, y nunca te pido nada, pero te lo pido por el bebé, porque tengo miedo de que algo le pase, porque me duele mucho la panza, y porque ya es muy noche y no va a haber nada abierto, y tú te duermes y yo no te importo, si me duele la panza, o tengo hambre, o hace frío, o tengo...

—¡Cállate! —gritó Tadeo tan fuerte que hizo retumbar toda la casa. Esa fue la segunda vez que se me figuró a papá.

—Sí, pero el bebé...

—¡Que te calles, maldita sea! Con un carajo... todas son iguales.

—Y ustedes también —susurré.

No le dije eso conscientemente o para hacerlo enfurecer. Quizá lo hice porque ya estaba harta de todo, de que Tadeo ya no me abrazara, de que ni mis papás, ni mis hermanos me buscaran, de estar siempre sola.

Una cachetada con el dorso de su corpulenta mano me obligó a ya no hablar. Entonces, miré gotas de sangre cayendo desde mi boca, así como la formación de un pequeño charco de agua bajo mis pies, el cual emanaba desde mi entrepierna hasta caer y perderse en el frío suelo de tierra comprimida. —Ya ves lo que provocas —gruñó—. Voy a pedirle la troca al compadre pa' llevarte al hospital.

Hermosa. Simple. Calientita. Su cabeza completamente redonda. Casi no lloró. Nació con los ojos abiertos, tan chiquita y blanca como yo, y

también tenía un lunarcito en el cachete al igual que yo.

El parto fue un poquito difícil, por lo que me sentía muy cansada y me quedé dormida desde el quirófano. Al despertar, estaba una señora sentada en una silla al lado de mi cama.

–Tienes una bebé hermosa y muy sana –dijo ella secamente, a la par que extendía la mano entregándome un volante color rosa.

–¿Dónde está mi esposo? –respondí dificultosamente. Seguía sintiéndome muy cansada, por lo que no pude levantar la mano para tomar el papel, y ella lo dejó a un lado mío sobre la cama.

–Mijita, llevas tres días dormida, venías anémica.

–¿Dónde está mi esposo? –insistí; mi corazón empezó a golpear muy fuerte.

–Te trajo un hombre, y le mostraron a tu niña. Le dieron la receta de tus medicamentos y ya no regresó.

–¿Dónde está mi bebé? –respondí y empecé a llorar.
–Hija, tienes una vida por delante.

–Quiero ver a mi bebé –exclamé, ahora entre sollozos.

La señora se levantó rápidamente y, sin decir nada, se perdió entre los enfermos y enfermeros amontonados en el pabellón del hospital. Me llevaron a mi niña, y dormimos juntitas las dos en la misma cama del pabellón. Pasaron cuatro días, y Tadeo no apareció.

–¿A dónde te llevamos? –me dijo el policía que iba conduciendo la patrulla.

Yo estaba distraída, embelesada con la belleza de Cristina; así le puse a mi bebé. No podía dejar de ver esas manitas tan hermosas, tan perfectas, tan llenas de amor. Iba dormidita, iba asomando su lengüita. En el hospital nos regalaron ropa a las dos, y algo de leche en polvo.

–Chapis, ¿dónde viven tus papás? –. Me preguntó el otro policía, su nombre era Bernardo Martínez Rubí, pero él me había pedido que le dijera sólo Rubí,

como la muchacha mala de la novela, porque así le decían todos.

–Llévenme a mi casa, a la Ángeles.
–¿Hasta allá? –preguntó el otro policía.

–No, no, no, Chapis, ¿dónde viven tus papás?

–Llévenme a mi casa, Rubí, a la Ángeles. No tengo otra.

–¿Y estás segura que él va a estar allí? –continúo Rubí.

–No, no lo sé, pero esa es mi casa.

–Compa– dijo el otro policía–, la chava tiene razón. Vamos a seguir cuidándola igual que en el hospital. Vamos a venir a verla todas las veces que podamos.

Llegamos a la casa, estaba sucia por fuera, había unas bolsas de basura y latas de cerveza tiradas. La puerta estaba abierta y se escuchaba una televisión a todo volumen.

–Allí está el vato –dijo el policía que iba manejando la patrulla.

Apenas nos estacionamos, Rubí abrió su puerta y caminó, casi corriendo, hacia la casa.

–Por favor, déjeme bajar– le dije al otro policía, a la vez que Cristina apretaba mi dedo con su manita.

–Pérate tantito, mija. Tú tranquila, no es la primera vez que Rubí hace estas cosas.

Vi cómo Rubí sacaba su macana antes de entrar a la casa. Escuché la ronca voz de Tadeo gritando, y también la de Rubí, pero no logré entender lo que se decían; estábamos parados al otro lado de la calle. Entonces, él salió, hermoso, sin camisa, con su cabellera abundante y alborotada, caminando hacia la patrulla, pero viendo hacia el suelo, detrás suyo salió Rubí y, detrás de los dos, salió la hija de la vecina. Llegó hasta la patrulla y me abrió la puerta, y me tomó del brazo sin decir nada, y me ayudó a bajar, y después bajó a Cristina.

Rubí llegó hasta nosotros y, después de emitir un profundo suspiro, me preguntó:

—¿Segura que te quieres quedar aquí?

—Sí— respondí con la cabeza agachada al igual que Tadeo.

—¡Viste a la chamaca que salió de tu casa! —gruñó Rubí.

—Sí, es la hija de la vecina.

—No estábamos haciendo nada —intervino Tadeo sin levantar el rostro.

—Mira, compadre, si le vuelves a tocar un cabello, un solo y triste cabello, voy a venir por ti, y te voy a enterrar en el piso a macanazos.

Ya nada fue igual entre Tadeo y yo. Nunca estaba en la casa, a veces ni llegaba a dormir, y cuando estaba no me hablaba, mucho menos me abrazaba. Yo lo extrañaba mucho, extrañaba sus brazos, yo quería que fuera como antes, pero él ya no quería, y yo me quería volver loca, pero, cuando me ponía así, muy extrañamente, Cristina se ponía a reír solita, y me recordaba que yo vivía para ella, que era la luz de mi ser, el motor que mueve mi alma.

—Cristi, bebé, ya quiero que crezcas un poquito, nomás para que tus bracitos sean un poquito más fuertes y me puedas abrazar también— le decía a mi bebé llorando.

Un día Tadeo llegó temprano y se sentó en el sillón de la sala. Yo me puse muy contenta e, inmediatamente, le dije:

—Gordito, que bueno que llegaste temprano. ¿Quieres algo de cenar?

—Sí, estaría bien— respondió él viendo a Cristina caminando cerca suyo, en el andador que me había regalado una vecina unos días antes.

Empecé a preparar la cena y vi que Tadeo abrió su mochila, sacó un papel y se puso a verlo, y luego lo puso al lado de él, en el sillón, luego sacó una lata de cerveza y la abrió. Mi bebé andaba allí rondando, pero él ya no le prestaba atención, ni la abrazaba al igual que a mí. Estaba bien que tomara, a lo mejor estaba cansado y necesitaba relajarse, por eso había llegado temprano, a lo mejor, las cosas ya iban a mejorar, ya iba a ser mi vida perfecta, como yo la había soñado, a lo mejor por eso había llegado temprano.

—¡Sofía! —gritó bien enojado—. ¡La escuincla me tiró la cerveza!

—No pasa nada, Gordito. Ahorita limpio— le respondí apaciblemente.

—¡Cómo que no pasa nada! —volvió a gritar, alzando el papelito que había puesto en el sillón; estaba goteando—. ¡Mira, me mojé el finiquito que me dieron en la fábrica! ¡Y es lo único que nos queda porque ya me corrieron!

—No pasa nada, Gordito, no te preocupes, yo me voy a poner a trabajar— insistí, a la par que buscaba un trapito para ir a limpiar el sillón, pero, en eso, escuché el golpe seco de su horrible, asquerosa y bestial mano golpeando la hermosa, diminuta e inocente manita de Cristina.

Escuché el grito más horrible que escuché en toda mi vida, el grito de dolor de mi bebé.

—¡Ahora sí vas a ver, huerca chiflada! —gruñó y volvió a levantar su horripilante mano en contra de las manitas indefensas de mi hija.

No pude, se los juro que no pude detenerme, a ella no, a ella no le iba a volver a pegar como lo hizo cientos de veces conmigo. A ella no, primero muerta. Entonces, tomé el cuchillo con el que estaba, apenas un instante antes, cortando una cebolla para hacerle de cenar, y me le fui encima.

—Bueno, ¿quién habla?

—Buenos días. Mi nombre es Federico Aguilar, hablo de la agencia dos del Ministerio Público. Estoy buscando a la señorita Rubí.

—¿Qué onda, mi Lic.?, ¿así nos llevamos o qué?

—¿Quién habla?

—Pos yo, jefe, Rubí, de la zona sur.

—¿Rubí?... ¿Bernardo Rubí?

—Sí, mi jefe. A la orden.

—Nombe, discúlpame, no sabía que te estaba llamando a ti.

–No se preocupe, jefe, ¿qué cuenta?

–Hijoles... pos deja te platico.

–¿Qué pasó, jefe?, ¿ta' todo bien, o qué?

–Pos, mira, tiraron el cuerpo de una chava acá en los basureros y a mí me tocó venir, y pos es no nombre. En el pantalón, en la bolsita donde se guardan las monedas, traía un papel guardado con tu nombre y tu teléfono apuntado.

–¿Cómo es la víctima, jefe?

–Uno cincuenta y cinco de estatura, tez blanca, muy delgada, cabello negro y largo, diecisiete años aproximadamente, bonita. Está muy golpeada, pero parece que tiene un lunar en el pómulo derecho.

–Maldita sea...Chapis.

–Lo siento mucho, Rubí. ¿Era tu familiar?

–No, no, jefe, era amiga, pero, ese desgraciado con

el que vivía. Yo sabía que no iba a dejar de golpearla y no hice nada. Le di mi celular, pero nunca me llamó.

–Tranquilo, Rubí, uno ayuda al que se deja ayuda y al que no, pos no.

–Gracias, jefe, pos sí, veda, ni modo, otra más... oiga, pero ella tenía una bebé, ¿qué pasó con ella, con la bebé?

–No, no sé. ¿Sabes dónde vivían?

–Pos tengo mucho que dejé de ir, pero sí, sí sé. En la Felipe Ángeles, al lado de la vulka "El Güero". Acabo de salir de guardia hace ratito, pero no pasa nada, me lanzo para allá en dos y tres.

–Va que va. Voy a mandar a la ministerial y a las patrullas de la zona.

–Jefe, jefe, ¿hay algo más escrito para mí en el papel?

–No, no hay nada más, es un volante color rosa, de esos de los que reparten en el hospital. Trae información del Instituto de la Mujer, "Ni una más", "Alto al feminicidio", y otras cosillas por el estilo...